

Diálogo, identidad y discurso en la vida social. Una reflexión socio-psicológica desde el pensamiento de M. Bajtin

Dialogue, identity and discourse in social life. A social-psychological reflection from the thought of M. Bakhtin

Raúl Ernesto García Rodríguez¹

Facultad de Psicología.

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Morelia, Michoacán, México

Resumen

A partir de la reflexión literaria y discursiva de la obra de Mijail Bajtin, el presente texto analiza la problemática de la identidad en las relaciones sociales y reivindica con ello el aporte teórico fundamental que desde lo transdisciplinar, tales planteamientos implican para el pensamiento psicossocial contemporáneo. Se problematiza el momento de la subjetividad como instancia regulada pero irreductible en la conformación activa de las realidades personales y colectivas y se explica el modo en que se configura cierta arquitectónica en la identidad del sujeto mediante diversas relaciones dialógicas que involucran un carácter no sólo psicológico y corporeizado, sino también político, histórico, ético e ideológico. Por último se asume la posibilidad del acto personal como producto situado, pero irrepitible, en el ámbito polifónico y variable del contexto social.

¹ Doctor en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Barcelona. **Contacto:** raulgarciar@gmail.com

Palabras clave: Bajtin, diálogo, discurso, identidad, subjetividad.

Abstract

From the starting point of the literary and discursive reflections in the work of Mikhail Bakhtin, this article analyzes the problematic of identity in social relations to vindicate the fundamental theoretical contribution that those postures have made to contemporary psychosocial thought from a transdisciplinary perspective. Here, the moment of subjectivity is problematized as a regulated, though irreducible, instance within the active conformation of personal and collective realities, while the text further elucidates the way in which a certain architectonics is configured in the identity of the subject through diverse dialogical relations that involve a character not only psychological and corporeal, but also political, historical, ethical and ideological. Finally, the possibility of the personal act as a situated, but unrepeatable, product in the polyphonic and variable milieu of the social context is assumed.

Keywords: Bakhtin, dialogue, discourse, identity, subjectivity.

Algunas ideas iniciales respecto a la creación verbal y la producción discursiva

El pensamiento de Mijail Bajtin (1895-1975) en tanto crítico literario y teórico del discurso, aún resistente a categorizaciones definitivas, ha sido objeto de diferentes intentos de análisis y periodización. Según Tzvetan Todorov (1981), por ejemplo, su obra habría comenzado por una *etapa fenomenológica* (hasta 1926) vinculada a la estética filosófica alemana desde Kant hasta Husserl. Un segundo momento de su producción teórica sería una *etapa sociológica y marxista* (1926-1929) en la que, junto con algunos colaboradores, participa en la elaboración de una crítica al freudismo y al estructuralismo lingüístico, al tiempo que promueve una concepción del lenguaje y de la comunicación verbal como realidades sociales de carácter intersubjetivo y *translingüístico*. Un tercer momento de la obra de Bajtin (1929-1935) sería una *etapa de investigaciones teóricas respecto a las nociones de dialogismo, polifonía y enunciado*, en el contexto de lo cual realiza sus estudios sobre la novela polifónica de F. M. Dostoievski. Un cuarto momento (hasta 1941) estaría constituido por la llamada *etapa histórico literaria* en la que Bajtin realiza el estudio sobre la obra de François Rabelais y la cultura popular de la edad media y el rena-

cimiento, desarrollando las nociones de carnavalización y de parodia en relación al ámbito literario y la noción de cronotopo en la novela. Por último estaría una *etapa de revisión y síntesis* que se extiende hasta el final de la vida de Bajtin y en la que promueve proyectos que no fueron concluidos, diversos apuntes y reflexiones, algunos de los cuales fueron publicados *post mortem* (Bajtin, 1979/2005).

Por su parte Hugo Mancuso (2005) presenta una caracterización de la obra de Bajtin en tres grandes períodos: el *período precanónico* al que pertenecen los textos escritos en colaboración con su círculo intelectual y en el que aborda el análisis y crítica del pensamiento de Freud; el análisis filosófico del marxismo, del lenguaje y del formalismo en los estudios literarios (hasta 1929). El *período canónico* constituido por los análisis sobre la poética de Dostoievski y sobre la cultura popular de la edad media y el renacimiento en el contexto de Rabelais (hasta 1933). Y el llamado *período de los manuscritos o de los borradores* integrado fragmentariamente por notas y artículos escritos más o menos entre 1940 y 1950.

En todo caso el pensamiento teórico verbal y discursivo de Bajtin implica una permanente recuperación del planteamiento en virtud del cual “la realidad humana está formada por una pluralidad de voces, de conciencias, de discursos, que hay que comprender y respetar en su alteridad y en su dinamismo interno en constante interacción, porque lo humano se constituye en lo *interhumano*, en la relación dialógica entre los sujetos, entre las conciencias.” (Herrero, 1992, p. 57). Esto significa que por principio, ninguna expresión discursiva o *voz-conciencia* del individuo puede ser definida en su complejidad desde una perspectiva monológica del mundo social. La palabra enunciada involucra necesariamente actividades interhumanas con lo cual, tanto la cultura como el discurso creativo en el arte, presuponen la necesidad de un enfoque *dialógico* y abierto que permita su estudio y comprensión en el ámbito cambiante de las múltiples conexiones de comunicación y sentidos posibles.

Así, Bajtin habrá de impugnar toda perspectiva centralista, abstracta u objetivista, ya sea de carácter lingüístico, ideológico o teórico en la explicación *científica* de la discursividad y las relaciones sociales, las cuales implicarán constantemente en su realización, una pluralidad concomitante de lenguas y culturas y una diversidad contradictoria de vo-

ces-conciencias. Ante la hegemonía idealizada del pensamiento unitario y la lengua única, Bajtin promueve una concepción plurilingüe y polifónica de la vida humana en sus contextos concretos, transida en todo instante por los vínculos dialógicos que se producen en la interacción subjetiva de los participantes.

Bajtin asume la conciencia de sí (el *yo*) como un dinamismo creador que involucra necesariamente a otra conciencia (el *tú* o el *yo-otro*), por lo que la noción del “yo” se asocia indefectiblemente al carácter inconcluso y abierto de un mundo constituido por la relación con los demás. El yo no se cierra sobre sí mismo, sino que toma conciencia de su propia identidad en la interacción con el otro, requiere del otro, de su palabra, para su desenvolvimiento como sujeto. La conciencia es un proceso renovado de relación con las palabras de los otros que, al incorporarse, devienen palabras *nuestras*. Luego entonces, Bajtin no acepta la existencia de un presunto *sentido en sí* de alguna cosa, fenómeno o realidad cualquiera (por ejemplo de una obra literaria), sentido en sí que además se actualice por sí mismo. Antes bien, el sentido se configura ineludiblemente en el punto de contacto o encuentro con otro sentido que permite el momento de la *comprensión*. Por tanto, el comprender ha de entenderse como un acto de naturaleza dialógica y también personal. “El sentido es personalista –escribe Bajtin- en él siempre existe una pregunta, invocación y anticipación de la respuesta, en él siempre existen dos (como el mínimo dialógico). No es un personalismo psicológico, sino de sentido.” (1979/2005, p. 392).

El trabajo de Bajtin sobre la poética de Dostoievski (Bajtin, 1929/2004) contiene una serie de reflexiones clave para el seguimiento de su elaboración teórica. Al analizar a fondo el carácter *polifónico* de la novela de Dostoievski, concibe a los personajes como *voces-conciencias autónomas que se personalizan en su interacción con otras voces*. En efecto, para Bajtin la palabra del personaje en la novela de Dostoievski constituye una significación sobre sí mismo y sobre el mundo, tan vital e importante como la palabra del propio autor. Con la palabra del personaje (que es la palabra de un *tú* o del *yo del otro*), no se pretende presentar la *realidad objetiva* de su existencia, sino el modo en que dicho personaje concientiza su realidad y reflexiona sobre sí mismo en relación con los demás. El personaje (que es *alguien presente*) revela la co-presencia con-

tradicitoria del sujeto ante su entorno humano al tiempo que personaliza su voz en los avatares del discurrir cotidiano. El personaje oye también al autor y le responde. Es un sujeto –concebido como palabra ajena– que expresa su propio discurso y no un objeto del discurso del autor. El autor por tanto no habla *del* personaje sino *con* el personaje. (Bajtín, 1979/2005, pp. 294-323).

Esta concepción *polifónica* en el mundo literario se extiende a las relaciones sociales en su diversidad y con ella se sostiene la posibilidad de una identidad que se produce y renueva permanentemente desde las discusiones y los vínculos dialógicos ineludibles que acompañan a los acontecimientos del mundo. Tal polifonía es diferente tanto a una visión *dogmática* de la vida (que negará la posibilidad de un diálogo efectivo porque la verdad sería algo que se preestablece y que se impone a la existencia del sujeto), como a una visión *relativista* (que negará la posibilidad de un diálogo efectivo porque asume que cada sujeto tendrá indefectiblemente sus propias verdades privadas).

Para Bajtín, una relación de orden lógico y semántico sólo deviene una relación *dialógica* en la medida en que logra *encarnarse*, es decir, convertirse en palabra enunciada por un autor o sujeto de enunciación que manifieste una u otra posición situada. Un enunciado por tanto, presupone al sujeto que funge como locutor. Bajtín escribe:

El objeto de la lingüística es tan sólo el material, los recursos de la comunicación discursiva, y no la comunicación discursiva en sí, no los enunciados mismos, no las relaciones dialógicas entre ellos (...). La lingüística estudia tan sólo las relaciones entre los elementos dentro del sistema de la lengua, pero no las relaciones entre los enunciados y la realidad y entre los enunciados y el sujeto hablante (...). (1979/2005, p. 310).

En todo caso, en el enunciado ocurre una conjunción específica entre aspectos propiamente verbales y aspectos extra-verbales (contexto y situación emocional, intelectual, social) en cuya concomitancia y organización particular y complementaria, se produce uno u otro sentido concreto para la expresión. Pero además en la visión bajtiniana, el destinatario del enunciado adquiere un carácter primordialmente activo en la propia *constitución* de ese enunciado, porque ella tiene lugar en función

del horizonte de comprensión que dicho destinatario plantea, o bien, como réplica o respuesta a enunciaciones anteriores de tal interlocutor.

No es únicamente la *codificación* y *decodificación* de mensajes lo que predetermina el acto comunicativo en los enunciados que se producen en la interlocución. No habrá códigos abstractos que predeterminen *absolutamente* la organización y transformación de los enunciados producidos. Éstos se van conformando en el proceso vivo de la interactividad y el juego de sentidos concretos. No obstante, Bajtin explicará que la constitución de los enunciados sí que estará vinculada a los *moldes* que presenten unos u otros *géneros discursivos* actuantes en cada momento de la enunciación. Los géneros discursivos en su gran diversidad participan en cada caso en la organización y articulación particular de las expresiones según los diferentes ámbitos de la convivencia social. Se relacionan con el estilo, la actitud o tono de la expresión que se comunica según el objeto temático en cuestión y según los interlocutores del diálogo. En virtud del género discursivo actuante en determinado momento, se asocian determinadas palabras a ciertos funcionamientos o sentidos, más o menos estabilizados en la praxis enunciativa correspondiente.

Bajtin concebirá pues la vida humana como una relación de contacto de unos con otros. Lo humano será lo interhumano concebido como la posibilidad de una estética existencial de signo dialógico e intersubjetivo. En efecto, más que una conciencia (meramente) cognoscente o científica, que objetiviza todo lo exterior y lo define desde ella misma; Bajtin piensa en términos de una conciencia como percepción emocional y valoración estética:

La conciencia gnoseológica, la conciencia de la ciencia –plantea Bajtin– es una conciencia única y unitaria; todo aquello que es tocado por esta conciencia debe ser definido por ella misma, y toda determinación debe ser su determinación activa: toda definición del objeto ha de ser definición de la conciencia. En este sentido, la conciencia gnoseológica no puede tener fuera de sí otra conciencia, no puede establecer una relación con la otra conciencia, que es autónoma y no se funde con ella. Toda unidad es su unidad y no puede permitir la existencia de otra unidad independiente a su lado (...) que se le opone con su destino no definido por esta conciencia. Esta

conciencia única crea y forma su objeto sólo como tal, pero no como sujeto, y el sujeto mismo viene a ser para ella solamente un objeto más (...). Mientras tanto, la conciencia estética, la conciencia que ama y que establece el valor, es conciencia de la conciencia, conciencia del autor como yo de la conciencia del héroe como otro; en un acontecimiento estético estamos frente al encuentro de dos conciencias fundamentalmente inconfundibles (...). (1979/2005, pp. 83-84).

Es así que la conciencia del yo se contacta con la conciencia del otro, no en términos de su carácter e importancia objetiva y abstracta, sino en términos de su unidad vital subjetiva, localizada en una situación concreta, a partir de lo cual la relación se personifica también en términos de *afectación*. La identidad entonces (como momento de revelación al otro), constituye una dimensión interactiva e inconclusa, que vive construyéndose por las palabras, los valores y los afectos de los demás. Yo soy sólo a través de una profunda comunicación con los otros. *Ser significa comunicar*. La identidad no constituye pues un espacio soberano y bien delimitado, sino una franja fronteriza, permanentemente cambiante. Un trasiego encarnizado y constante de palabras y voces-conciencias divergentes.

En su vuelo filosófico, el pensamiento dialógico de Bajtin reconoce la figura del sujeto (autor) al que habrá de examinar en su situación de simultaneidad, no sólo en términos estrictamente discursivo-interactivos, sino también en términos psicológico-sociales y por supuesto, ontológicos. Y es que tal como señalaré más adelante, Bajtin parte de una concepción del individuo que subraya el yo *también soy*; es decir, que reconoce cierta irreductibilidad cualitativa de realidades subjetivas propias aún y cuando el mundo al que accede el yo, es un mundo ya poblado por otros. Pero en todo caso, la relación entre lo individual y lo social no será vista como *intrusión* de lo exterior en lo interior, sino como *concomitancia* permanente; como interacción mutuamente irreductible entre el yo y el mundo. De todas formas, la noción de *acto ético* en Bajtin, implicará una reflexión clave sobre la *responsabilidad*. Los valores no serán previos al acto, sino que vendrán del acto social e intersubjetivo mismo y en cualquier caso, por encima de los valores circunstanciales, Bajtin ubicará, como veremos, el juicio del *tercero*.

Subrayo que en Bajtin el sujeto no será pues un mero efecto del funcionamiento del significante sino que, según su teorización al respecto, el sujeto será más bien un resultado de la interacción del yo y el otro. Si bien para Bajtin el significado es un efecto relacional, nunca el lenguaje propio se homologa totalmente al del otro; esto es, nunca el sujeto se reduce a la otredad; ni desaparece, sino que ambos mantienen, a pesar de sus entrelazamientos, la condición de constituir mundos diferentes.

Identidad y alteridad: la problemática del otro

La reflexión bajtiniana en torno al problema de la relación entre identidad y alteridad -cercana a las ideas de Martin Buber (1998)- toma una distancia diametral respecto al planteamiento moderno en virtud del cual, se asume una posición egocéntrica para excluir o separar el mundo objetivo de un ámbito identitario propio, pensado en términos de mis-midad auto-delineada que concibe la alteridad como algo absolutamente ajeno, como un *no-yo* que despliega una oposición contrastante y antagonica en relación al yo. Tal perspectiva excluyente de la identidad, singulariza el *ego* de tal manera que lo aísla de los múltiples contextos posibles de sentido.

Bajtin en cambio reivindica la necesidad de analizar la identidad como producto social (en el que tanto *ego* como *alter* constituyen un ser interactivo y complejo) que incorpora permanentemente vínculos consigo misma y con los demás. Se piensa pues la identidad como una dimensión que requiere de la alteridad para su constitución efectiva; constitución identitaria cuya condición clave de realización implica una praxis dialógico-vital de signo intersubjetivo entre el *sí mismo* y los *otros*. Tanto identidad como alteridad se extienden y desglosan en expresiones concretas de número y género en relación a las realidades interactivas específicas que tienen lugar en cada caso. La heterogénea relación *yo-otro* involucra también la situación de manifestarse ineludiblemente *en red* (ante la participación concreta de diferentes *voces-conciencias* que actúan/influyen en la conformación de tales vínculos) y con ello, desdibuja de modo imprevisible el núcleo egocéntrico de la modernidad. Con Bajtin, podríamos decir, el yo sólo *emerge-inmerso* en (con) la multiplicidad de los demás; se configura transitoriamente y en conflicto constante, en una especie de línea discontinua y cambiante gracias a lo cual, toda *mo-*

nologización de la vida identitaria (tanto social como personal e íntima) quedará rebasada para acceder a una condición heteroglósica y relativa de la existencia propia.

Toda conciencia personal *despierta* por el hablar de las conciencias ajenas. Esto significa que la identidad subjetiva se va configurando por las acciones discursivas que tienen lugar de manera diferenciada en unos u otros contextos sociales a través de procesos dialógicos concomitantes y diversos entre el propio sujeto y quienes lo rodean. Así, el discurso propio de la identidad va tomando cuerpo (necesariamente) en la interacción íntima con el discurso ajeno de la alteridad.

Incluso en el caso de relaciones altamente conflictivas –escribe al respecto José Alejos García (2006)- la figura y el discurso del otro no tienen como única función el ser negados por el yo, aunque la percepción subjetiva sea ésta, pues los nexos de relación son complejos y de distintos órdenes. El enemigo influye poderosamente en la conducta de su adversario, y sería una simplificación pretender que la relación se reduce al contraste, la oposición, o el rechazo y la descalificación. Los valores representados por la otredad enemiga pueden, como un efecto de reflejo, ser asumidas positivamente por el otro, por ejemplo. (p. 51).

La identidad del sujeto se configura entonces en un ciclo dinámico que se orienta hacia la alteridad, desde cuyo carácter propiamente *ajeno* ocurre una especie de retorno (subjetivo) hacia el momento identitario inicial. La identidad implica en efecto una especie de *alteridad íntima* (Augé, 1996). Dicha identidad en su carácter más o menos *unitario*, presupone pues una *apertura* afectiva, social e interactiva en virtud de la cual el sujeto responde y reacciona ante planteamientos de otros y simultáneamente, construye y crea distintas realidades de relación, incluyendo la relación consigo mismo. En esta dirección se comprende que la vida social y sus acontecimientos en el tiempo, resultan para el sujeto dimensiones necesariamente *inconclusas*, del mismo modo que se comprende el hecho de la *no-coincidencia* (irreductible) del sujeto consigo mismo y del sujeto con el mundo en el que vive. Al mismo tiempo sin embargo, el sujeto en sus continuos cambios, se mueve por canales y zonas de sentido previamente *habitadas* por otros, esto es, por espacios

más o menos *preestablecidos* por reglas y (pre)determinaciones estructurales de carácter sistémico, de las cuales no se puede sustraer absolutamente. Se trata de procedimientos de operación; establecimiento de significados *tradicionales* o *despliegues* culturales y lingüísticos para el funcionamiento personal; cuya entronización se asocia a unos u otros ajustes del acontecer histórico-social que, en su movimiento envolvente, inunda la vida cotidiana del sujeto mismo.

De cualquier manera Bajtin reconocerá la potencialidad del sujeto para convertirse en un momento activo respecto a la construcción de su propia identidad. Esta potencialidad se relaciona también con la aptitud del sujeto para *desprenderse* (aunque sea transitoriamente) de los vectores de determinación axiológica y emocional que lo *sujetan*, para ocupar o re-situarse en los lugares o posiciones del otro y posteriormente, volver a su posición inicial para con ello, recuperar su *mirada externa* pero ya marcada por una sensibilidad digamos, *fronteriza*, por un *excedente de visión* que permitirá *completar* al otro (de la misma manera que yo soy completado por el excedente de visión del otro), porque desde tal posición de exterioridad uno posee determinada perspectiva del otro -no accesible para él- que puede contribuir a *completarlo* como sujeto. Así, Bajtin escribe:

Cuando observo a un hombre íntegro, que se encuentra afuera y frente a mi persona, nuestros horizontes concretos y realmente vistos no coinciden. Es que en cada momento dado, por más cerca que se ubique frente a mí el otro, que es contemplado por mí, siempre voy a ver y a saber algo que él, desde su lugar y frente a mí, no puede ver: las partes de su cuerpo inaccesibles a su propia mirada (cabeza, cara y su expresión, el mundo tras sus espaldas, toda una serie de objetos y relaciones que me son accesibles a mí e inaccesibles a él) (...). Este excedente de mi visión que siempre existe respecto a cualquier otra persona, este sobrante de conocimiento (...) está determinado por la unicidad y la insustituibilidad (sic) de mi lugar en el mundo: porque en este lugar, en este tiempo, en estas circunstancias yo soy el único que me coloco allí; todos los demás están fuera de mí. (1979/2005, pp. 28-29).

En concordancia con este planteamiento, se ubica también el pensamiento de J. P. Sartre respecto a la *existencia del prójimo*, a saber, el *para-sí* sartreano requiere, necesita del *para-otro*. Sólo gracias a la participación del *para-otro* se constituye la realidad humana. Sólo a través de la mirada del otro se constituye el *para-sí*. Dependemos de la mirada de los demás. Todo lo que uno es, lo es gracias a la intermediación del otro. Mi *subjetividad* es formada por cierta *objetividad* con la que me mira el otro. Pero el proceso *se completa* cuando el *para-sí* se convierte en *para-mí* (*para-sí-para-otro-para-mí*). En efecto, si el sujeto se queda capturado en el segundo momento (en el ser *para-otro*) fracasa su proyecto de humanidad en tanto que el *para-sí* se frustra al no terminar en *para-mí*. (Sartre, 1943/1993, pp. 250-329).

Es pues con la participación del *otro* que el *yo* va conformando su identidad, lo cual será un proceso muy probablemente más conflictivo que armonioso, porque en ese cruce de influencias intervendrán también relaciones de poder y dominación no controlables por (ni pertenecientes a) los sujetos involucrados en ese juego definitorio de realidades personales.

Aún así, Bajtin propone una *arquitectónica* en la identidad del sujeto constituida por una triada de relaciones clave entre el *yo* y el *otro*: *yo-para-mí*; *yo-para-otro* y *otro-para-mí*. El *yo* se relaciona consigo mismo (en tanto auto-percepción contradictoria) y con el otro en tanto percepción externa que retorna (hacia *mí*) desde la alteridad interpelada. La identidad en su carácter social implica procesos de confrontación *dialógica* de signo político, histórico e ideológico; su delineamiento inacabado incorpora lucha de intereses; cambio de posiciones; apertura de nuevos espacios de tensión; negociaciones de sentido y una desigual (y casi siempre imprevisible) producción y distribución de *afectaciones* entre las figuras subjetivas participantes.

La identidad –señala otra vez Alejos– es un campo de lucha, una agonística en la que se disputan los valores del yo frente a sí mismo y frente al otro (...). Pero a la vez la identidad puede concebirse como una particular estetización del ser, en la medida en que se trata de una puesta en juego de al menos dos visiones, dos percepciones, la propia y la ajena. (2006, p. 56).

En efecto, Bajtin explica que cuando existe un solo participante único y total, no es posible el acontecimiento estético:

*la conciencia absoluta que no dispone de nada que le fuese extra-
puesto, que no cuenta con nada que la limite desde fuera, no puede
ser estetizada (...). Un acontecer estético puede darse únicamente
cuando hay (por lo menos) dos participantes, presupone la existen-
cia de dos conciencias que no coinciden.* (Bajtin, 1979/2005, p. 28).

El mundo constituye para Bajtin una producción dinámica y constante de *sentidos*, porque con todo rigor, el sentido es la *respuesta* que obtiene una pregunta cualquiera. Si algo no responde a ninguna pregunta, entonces carecerá de sentido. Tales *respuestas-sentido* se generan y transmiten por voces-conciencias-personalizadas que asumen diferentes posiciones ideológicas y éticas en su intercambio perenne con otras. Cada respuesta presupone además una especie de experiencia histórico-semántico-social que se instala en la palabra misma. La producción discursiva tiene lugar entonces no a partir de elementos muertos (neutrales), sino de formas ya cargadas de sentido, mediante las cuales se regenera el diálogo-ontológico-vital que acaece por el entrelazamiento de las voces humanas.

La unidad mínima del sentido será precisamente el *enunciado*, noción que se liga a la expresión oral o escrita y que a su vez articula las relaciones entre personas (y por tanto el ser mismo del mundo); porque es una unidad *que puede ser contestada en el diálogo*. Al mismo tiempo el sentido *se completa*, es decir, queda suficientemente delineado, sólo en el acto de la *recepción*. El sentido emerge en el instante actual (que remite a *actualidad* y también a *acto*) de la recepción. Pero esto significa que existe una especie de concomitancia, un entrelazamiento ineludible entre enunciación y recepción. Toda producción enunciativa invoca pues determinada recepción para que adquiera *sentido*. De ahí la importancia que Bajtin otorga simultáneamente al problema de la alteridad y de la responsabilidad. Sin embargo el acto de recepción del enunciado en virtud del cual se produce un sentido, no quiere decir que la palabra *ajena* sea subsumida o plenamente convertida en palabra *propia*. El discurso del otro no puede asimilarse *sin residuos*. Esta situación lleva a plantear-

se el término bajtiniano de *exotopía* o *extraposición*. (Bajtin, 1979/2005, pp. 354-380).

En su reflexión se sugiere que, paradójicamente, el sentido surge, se produce, solamente desde el *exterior* del sistema que produjo la enunciación correspondiente. Es decir, el sentido podrá ser comprendido sólo desde fuera del sistema codificador-enunciativo. No se concibe pues ninguna condición *endógena* del sentido que implique una evolución propia o autónoma del mismo. El sentido es de orden interactivo, responsivo, exógeno. Se produce desde la escisión y el quiebre en el encuentro dialógico, desde el conflicto, desde la irreductibilidad (y por tanto el *distanciamiento*) de las partes. La exotopía constituye entonces la lectura de un texto desde una posición externa al sistema textual mismo (implica por tanto, la irrupción de un discurso ajeno), en virtud de lo cual se produce un sentido determinado. La exotopía es entonces una instancia de contradicción: un sentido se revela (solamente) en su confrontación con otro sentido (voz, discurso) ajeno. “Para Bachtin —comenta Mancuso— el discurso ajeno produce un desequilibrio definitivo, pero es el único modo por el cual un sentido puede llegar a conocerse a sí mismo.” (2005, p.107). Es así que la irreductibilidad de la parte en el diálogo es la que permite precisamente, que el hablante comprenda de sí mismo todo aquello que, sólo a través de la alteridad, pueda comprender.

Bajtin plantea: “El diálogo no es la antesala de la acción sino la acción misma (...). Ser significa comunicarse dialógicamente. Cuando se acaba el diálogo se acaba todo. Por eso en realidad el diálogo no puede ni debe terminar.” (1929/2004, p. 371-372). El mundo nace y se nutre de enunciados que de una u otra forma se *vocalizan*. La vida del sujeto es la orientación en el mundo de las palabras enunciadas por otros para su paulatina y accidentada incorporación en el habla personal. La vida personal estará poblada entonces de voces ajenas que se asimilan, más o menos conflictivamente, que resuenan en la comunicación dialógica en términos de opiniones, ideas, sentimientos, prescripciones, acciones, valoraciones, tonos afectivos, costumbres, posicionamientos o prácticas sociales diversas.

El sujeto nace y vive en una situación vocalizada y polifónica de carácter primario. Tales voces ajenas (que construyen y destruyen mundos) *potencian* el sentido de las enunciaciones del propio sujeto en su

identidad específica y compleja. Al respecto, Tatiana Bubnova (2006) explica:

Para forjar un nuevo sentido a partir de las voces ajenas nos involucramos en un proceso de comprensión de lo que se dijo antes de nosotros, y tratamos de oír, anticipándola, la posible respuesta de nuestros interlocutores. Las palabras todas van dirigidas a alguien y son de alguien (no hay palabras neutras, que existan por su cuenta), y decir palabras propias –las que le ‘pertenecen’ a uno– sólo es posible en respuesta a algo que se dijo antes de nosotros. Es en el proceso de la comunicación verbal, de la interacción con el otro, como uno se hace sujeto forjando su propio yo. El ‘yo’ sólo existe en la medida en que está relacionado a un ‘tú’: ‘ser significa comunicarse’, y un ‘yo’ es alguien a quien se le han dirigido como a un ‘tú’ (p.102).

El *diálogo* se conforma entonces como una concepción primaria del mundo, del sujeto y del ser. El yo se *realiza* verbalmente mediante la praxis dialógica de carácter sostenido y múltiple. El ser es en efecto algo que *nos habla*. Detenta una condición lingüístico-discursiva (una condición *translingüística*). Así, el mundo se percibe tanto en términos físicos como *éticos*, en virtud de las *valoraciones* producidas por los actos personales que cada sujeto realiza en participación (cooperación-confrontación) con los otros. El acto personal desdobra la triple dimensión arquitectónica de la identidad (yo-para-mí; yo-para-otro; otro-para-mí) y el mundo entonces deviene espacio de interactividad, participación, encuentro y desencuentro con los otros.

Consideraciones finales: acto personal y polifonía

Cada acto personal, en su contacto con el otro, implica una responsabilidad (responsividad) específica, por la irrepetibilidad que esa relación con ese otro incorpora en ese instante. El acto concreto del sujeto, realizado desde una situación profundamente única, es un acto transido (y orientado) por la alteridad, que a su vez mira, valora y responde de diverso modo, para entretrejer, en *collage* infinito, las realidades de la existencia. Cada expresión, gesto o tarea, cada búsqueda, cada hallazgo, repercute de alguna manera en los demás, es decir, en el mundo que nos envuelve:

lo que sucede entre nosotros, entre el 'tu' y el 'yo', es un 'acontecimiento del ser', un 'aconteSer', un suceso dinámico abierto que tiene carácter de interrogación y respuesta a la vez, y una proyección ontológica: el 'acontecimiento del ser' es (...) un 'ser juntos en el ser'. (Bubnova, 2006, p.103).

Al mismo tiempo, al acto personal se vincula también cierta tensión de *obligatoriedad* generada (para mí) desde los otros, en la medida en que se contraen determinadas responsabilidades y se aceptan unas u otras consecuencias. Vivir en relación con los demás produce efectos heterogéneos circulando en la mutualidad y compromisos desiguales de diversa índole que tarde o temprano resultan ineludibles. *Ser significa comprometerse* (de algún modo). Aunado a esto, el lenguaje presupone una integración orgánica y multilateral respecto a todo acto humano en su enorme variedad: el movimiento físico, el pensar y el conocer, el relacionarse sentimentalmente, el acto estético mismo, están imbricados *consustancialmente* con los sentidos de las diferentes enunciaciones. El mundo como plexo existe y funciona pues por la palabra enunciada, por los actos diversos en su condición ética, por la fuerza creadora del diálogo: podría decir que en la configuración del mundo, la palabra es al diálogo lo que el yo (sujeto) es a los otros.

El enunciado a su vez, incluye no sólo lo expresado explícitamente, sino también aquello que se sobreentiende, aquello que se dice implícitamente, *silenciosamente*. Incluye lo decible y también lo *indecible* o inefable. Lo presente y lo ausente. El sonido alterna con el silencio en los procesos de enunciación (guardar silencio es una forma de enunciación). Pero además, la interacción discursiva abarcará (no sólo lo estrictamente vocalizado, sino también) lo corporeizado: abrazo, golpe, rictus, gesto, danza, caricia, mueca, retozo, contracción, distracción y retracción. La interacción discursiva tendrá, digamos, carácter *morfofonológico*. El diálogo habrá de encarnarse, plasmarse en el cuerpo que se transforma, se deforma y se reforma en su contacto con otros cuerpos y otros mundos. En el diálogo habrá de influir la socialidad del cuerpo en sus mutaciones. El cuerpo es abierto, mixto y multiacentuado. Significa auto-expresión e inter-expresión.

El modo particular en que tiene lugar la simultánea alternancia y vertebración entre sonido y silencio, entre lo vocalizado y lo corporeizado en la enunciación, es producto de la personalización que cada sujeto hace de tales aspectos, inmerso en las turbulencias de los múltiples sentidos que actúan en el intercambio. Tanto hablar como callar tienen sentido. Y el vehículo del sentido es la voz personalizada e intermitente que actúa entrecruzada con otras voces. En todo caso, el sentido en tanto *respuesta* a algo previamente expresado (respuesta que a su vez puede ser contestada), no preexiste como fijación abstracta e inamovible, sino que *deviene* constantemente en la materialidad cambiante del acto dialógico, que se extiende (o se interrumpe) en el tiempo y en el espacio simbólico y social concreto como polifonía y contrapunto de voces en fuga.

La vida es pues *polifónica* (Palermo, 2006). El sujeto vive atravesado por voces-vectores que lo integran y lo desintegran de diferentes maneras, constantemente. El sujeto dialoga en términos de una *orquestración* variable, siempre inconclusa de voces que no implican ninguna *resolución* definitiva. El sujeto comparte así la *autoría* de su enunciación con los demás. Su vida social es pluridiscursiva. Su voz está contaminada por otras. Pero también, de hecho, el sujeto a su vez *actualiza* la palabra ajena por medio de cierto desplazamiento de sentido que ocurre al incorporarla a su habla personal. Ninguno de los planteamientos ajenos que un sujeto pueda reproducir del discurso del otro, será idéntico al *original*. Aún así, el *bien* de una palabra es poder ser escuchada y respondida sin importar que con ello, sea *desvirtuada*. En todo caso la palabra enunciada es el *acto* (respecto al mundo y al otro) que constituye nuestras formas de ser.

Referencias

- Alejos, J. (2006). Identidad y alteridad en Bajtin. *Acta Poética*, 27, 47-61.
- Augé, M. (1996). *El sentido de los otros. Actualidad en antropología*. Barcelona: Paidós.
- Bajtin, M. (1929/2004). *Problemas de la poética de Dostoievski*. Madrid: F.C.E.
- Bajtin, M. (1979/2005). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Buber, M. (1998). *Yo y Tú*. Madrid: Caparrós.
- Bubnova, T. (2006). Voz, sentido y diálogo en Bajtin. *Acta Poética*, 27, 97-114.
- Herrero, J. (1992) Mijail Bajtin y el principio dialógico en la creación literaria y en el discurso humano. *Anthropos*, 32, 55-67.

García Rodríguez

Mancuso, H. (2005) *La palabra viva. Teoría verbal y discursiva de Michail Bachtin*. Buenos Aires: Paidós.

Palermo, Z. (2006) Discursos heterogéneos, ¿más allá de la polifonía? *Acta Poética*, 27, 213-243.

Sartre, J.-P. (1943/1993) *El ser y la nada*. Barcelona: Altaya.

Todorov, T. (1981) *Mikhaïl Bakhtine. Le principe dialogique, suivi de Ecrits du Cercle de Bakhtine*. Paris: Seuil.

Recibido: 16 de enero de 2012

Aceptado: 4 de marzo 2012